

## Lección 10

### LOS LIBROS PROFÉTICOS I: ISAÍAS, OSEAS Y AMÓS

#### Primera Parte

**Oseas:** Yo soy un profeta, un mensajero de Dios. Mi nombre es Oseas. Estoy junto a mis compañeros, profetas también: Isaías y Amós. Estamos aquí solo tres de los profetas que vivimos y desarrollamos nuestros ministerios durante el siglo VIII antes de Cristo. Por cierto, nosotros no fuimos los únicos profetas de ese siglo. Hubo otro destacado profeta que también tiene un libro en la Biblia. Me refiero a nuestro hermano Miqueas. Queremos contarles los más importantes eventos y profecías que contienen los libros que llevan nuestros nombres en la Biblia. También contaremos algunos detalles de nuestras vidas con el fin de que nos conozcan mejor a nosotros, pero sobre todo a nuestro Dios. Voy a pedir que mis colegas profetas se identifiquen ante ustedes en este momento.

**Amós:** Yo soy Amós. Originalmente fui pastor, pero no de una congregación de creyentes sino de animales. También fui cosechador de higos silvestres (7.14). Mi tierra natal fue un pequeño poblado de nombre Tecoa en Judá, el reino del Sur, pero desempeñé mi ministerio profético en Betel, la capital de Israel, el reino del Norte (7.13). Tecoa se encontraba localizada a una distancia aproximada de 20 a 25 kilómetros (algo así como 12 a 14 millas) al sur de Jerusalén. De mi propia familia la Biblia no proporciona mucha información. Pero les puedo asegurar que no era huérfano, pues estoy seguro quien fue mi progenitor, quien, por cierto, no fue un profeta de Dios (7.14). Mi origen campirano se ve reflejado mediante las imágenes que utilizo en mi lenguaje.

**Isaías:** Yo soy Isaías, también originario de Judá. Yo, a diferencia de mi paisano y colega Amós, pasé la mayor parte de mi vida en Jerusalén, la capital de Judá. Algunos estudiosos han considerado que el lenguaje que utilizo en mi libro refleja a una persona que recibió preparación académica, probablemente en la misma Jerusalén. Mi padre se llamó Amoz (con “z”). Debido a la prosperidad todavía prevaleciente en Judá durante los primeros años de mi ministerio, no faltan algunos estudiosos que especulan diciendo que mi padre posiblemente llegó a ser un oficial del reino, o que disfrutó de cierto prestigio en la sociedad judía. Tuve dos hijos con mi esposa a quien curiosamente se le llama “profetisa” en mi libro. Mis hijos recibieron nombres de significados simbólicos (7.3; 8.3). Durante mi servicio a Dios siempre estuve en Jerusalén. Fue ahí donde viví; fue ahí donde Dios me llamó por medio de una impresionante visión (Is 6.1-8). Él quiso que yo comunicara su revelación a su pueblo escogido. Tampoco ha faltado quien haya especulado sobre mi profesión u oficio antes de que Dios me llamara a ser profeta. Considerando mi consejo expresado al rey Ezequías (38.21) se ha llegado a mencionar que posiblemente fui médico. Quiero también que se sepa un detalle en cuanto al significado de mi nombre. Isaías quiere decir “Dios o Yahvé es salvación.” Mi nombre, según se ha observado, especialmente su significado, es un sinónimo de Josué y Jesús.

**Oseas:** Yo soy Oseas. A propósito Isaías, mi nombre también significa lo mismo que el tuyo “Dios salva o es salvación.” Soy originario de Israel, el reino del Norte. Dios me llamó para que sirviera como profeta en mi propia tierra. Mi padre se llamó Beerí (1.1). También tuve una

esposa, Gomer. Mi suegro se llamó Diblaim (1.3). Gomer y yo tuvimos tres hijos, Jezreel (1.4), Lo-ruhama (1.6) y Lo-ammi (1.8). Ya les contaré más adelante sobre el significado de los nombres de mis hijos y de mi relación con mi esposa porque es una gran parte de mi ministerio profético. Pero ahora voy a invitar a Amós y a Isaías a que nos refieran el contexto histórico del Israel y Judá que nos tocó vivir.

**Amós:** Si ustedes me disculpan, empezaré yo porque de entre nosotros tres es probable que yo haya sido el primero a quien Dios llamó a ejercer la profecía, me refiero a que yo viví antes que ustedes. Primero, como ya hemos mencionado, nuestro tiempo transcurre cuando el pueblo escogido de Dios, los descendientes de los patriarcas, ya estaba dividido en dos reinos desde hacía años. A mí me tocó vivir aproximadamente como dos siglos y medio después del tiempo del rey David. En el reino del Sur gobernaba el rey Uzías. Uzías gobernó aproximadamente entre los años 783 al 742 aC Su contraparte en el reino del Norte fue el rey Jeroboam, el segundo rey de Israel con este nombre. Jeroboam II gobernó aproximadamente desde el año 786 hasta el 746. Mi ministerio empezó en Betel dos años antes de un terremoto que se calcula ocurrió aproximadamente en el año 750 aC En el plano internacional se vivía una relativa paz a causa de que Asiria, la que fuera la primera potencia militar de aquel entonces, se encontraba en un período de convulsión interna que le impidió poner atención a las tierras conquistadas años antes. Las naciones en la región del Medio Oriente lograron tomar ventaja de esta situación en el panorama mundial para fortalecer sus economías nacionales. Fue así que naciones como Damasco, así se llamaba entonces lo que hoy es el país de los sirios, Israel y Judá se convirtieron en países donde fluyó la riqueza traída por la comercialización libre de sus productos con otros países. Israel y Judá vivieron años de prosperidad económica en verdad impresionante. La situación económica llegó a ser considerada tan ventajosa para ambos reinos a tal punto que se ha pensado que aquella época rivalizó con los mejores años del reinado de Salomón. Yo me encontraba en mi pueblo Tecoá totalmente ocupado en cuidar de mis bienes materiales, que por cierto no eran nada despreciables. Desde luego que yo también disfrutaba de una buena posición económica, al igual que la mayoría de los propietarios de tierras y ganado en Israel y Judá. Sin embargo, no todo en mi país era placentero. Como suele suceder en todos los pueblos del mundo, la riqueza nacional empezó a ser acaparada por un estrato privilegiado de la sociedad. Los ricos empezaron a sentirse poderosos y a cometer una serie de latrocinios y atropellos en perjuicio de los pobres. Los actos de injusticia empezaron a proliferar. Se construyeron edificios suntuosos, y la ostentación de los ricos quedó tan manifiesta que ésta seguramente no tardó en ofender a los pobres y a los sedientos de justicia social e integral como yo. Los ricos se hacían más ricos mientras que los pobres se hacían más pobres... ¿Les suena esto conocido a ustedes?... Desde luego que me di cuenta de lo que pasaba en mi país con la gente pobre. Cuando me encontraba disfrutando de mi placentero estado económico, Dios me escogió para manifestar su voluntad. Ya les platicaré cómo recibió el pueblo el mensaje profético que Dios me mandó a predicar.

**Isaías:** Tú, Amós, has dicho ya que desempeñaste tu labor profética en el reino del Norte, y has mencionado los años de tu ministerio. Déjame compartir ahora una información sobre los años de mi ministerio en el reino del Sur. Yo también empecé a ejercer mi vocación profética durante el reinado de Uzías, sólo que fue en su último (6.1) hacia el año 742 a. C. Hay que recordar que a Uzías también se le conoce con el nombre de Asarías (2 R 15.1). Pero a diferencia de la duración de tu ministerio que parece que fue breve, el mío fue más prolongado pues a mí me tocó contemplar también la corona real sobre Jotam, Acáz y Ezequías, todos ellos reyes de Judá. Eso

hace de mi ministerio, junto con el de Oseas, uno de los más prolongados entre los profetas en cuanto a tiempo se refiere. Así que a mí me tocó vivir durante una serie de eventos y cosas. Desde luego, yo también observé la afluencia económica del país; por ejemplo Uzías aprovechó sus ingresos económicos para reforzar los muros y otras defensas, entre ellos el ejército de Jerusalén (2 Cr 26.9ss). También contemplé con ira y frustración las injusticias sociales a las que ya Amós se ha referido. A mí me tocó observar en el panorama mundial la recuperación asombrosa de Asiria como la primera potencia del orbe. Vi maniobrar a Damasco e Israel tratando inútilmente de obligar a Judá a aliarse para hacer frente a la marcha avasalladora y punitiva de los asirios sobre ellos en 734 aC Poco tiempo después me opuse tajantemente a la política de rey Acáz de solicitar la intervención de Asiria para liberar a Judá de la alianza Damasco-Israel porque claramente me percaté que implicaba una alianza con la pagana Asiria haciendo a un lado el pacto con Dios, además del alto costo que Acáz tuvo que pagar (Caps. 6-11). Me tocó oír la impresionante noticia que Betel y Samaria, en Israel, habían sucumbido estrepitosamente ante los asirios en el año 722 aC Gran parte de nuestros hermanos israelitas terminaron siendo transportados al exilio, pagando así su pecado contra Dios (2 R 18.11-12 y su texto paralelo) y su por demás disparatada osadía ante los sanguinarios invasores asirios. También contemplé con alarma el avance de las tropas asirias años después durante el reinado de Ezequías ante la misma Jerusalén debido a la ingenua rebelión del rey contra Asiria hacia el año 705 aC Además atestigüé la intervención milagrosa de Dios para salvar a Jerusalén (2 R 19.35ss), después de que habían sucumbido ya otras ciudades del reino del Sur (entre ellas Laquis, la segunda en importancia), de caer en manos del blasfemo Senaquerib, el rey asirio (2 R 18.13ss). A pesar de esta admirable intervención divina a favor de Jerusalén el pueblo, sin embargo, no demoró en olvidarse de cumplir con su parte en el pacto hecho con Dios por sus padres. Dios no falló, el pueblo fue quien falló. No pasaría mucho tiempo para que la injusticia y la maldad de Judá recrudecieran grotescamente. El pueblo de Judá había caído en la excesiva confianza de que Dios los salvaría sin importarles su propia conducta y actitud de rebeldía ante Dios. Quiero finalizar mi presente intervención haciendo referencia a una tradición muy antigua sobre una supuesta manera en que sufrí la muerte. Esta tradición cuenta que durante el reinado de Manasés, aproximadamente del 686 al 642 aC, fui martirizado al ser partido en dos por una sierra, así como se parte un tronco de árbol en un aserradero. Más de una persona ha visto esta tradición reflejada en el texto de He 11.37.

**Oseas:** El profeta Isaías se ha referido al contexto mundial desde la perspectiva que le tocó contemplar en Judá durante su ministerio. Ahora yo quiero retomar el contexto histórico según me tocó vivirlo a mí. Más que todo quiero enfatizar lo que ya Amós ha referido sobre el reino del Norte y complementaré también lo ya dicho por Isaías porque él, al igual que yo, servimos como profetas durante los mismos reyes (1.1), sólo que yo, repito, viví en el reino del Norte. Primero que todo quiero aclarar que la Biblia no afirma que Amós y yo nos hubiéramos conocido personalmente aunque ambos profetizamos en Betel. Más bien, la Biblia sugiere que el ministerio profético de Amós en Israel fue relativamente corto. A propósito, tampoco sabemos con certeza si Amós haya terminado su carrera profética en Judá. La Biblia calla sobre los días finales de Amós. Parece que Amós no vivió, aunque probablemente previó, la caída de Betel y Samaria en el año 722 aC En cambio yo la sufrí en carne propia. Déjenme compartirles algunas cosas que vi durante mis años de ministerio. Yo también comencé a ejercer mi ministerio profético durante el reinado de Jeroboam II en Israel. Mi ministerio duró por lo menos hasta el último rey de Israel en 722 aC, quien por cierto llevó mi mismo nombre, Oseas (2 R 15.30;

17.1ss). Yo también vi la corona real israelí sobre las cabezas de Zacarías (2 R 15.8ss), de Salum (2 R 15.13ss), Manahem (2 R 15.17ss), Pekaía y Peca (2 R 15.23ss). Me tocó presenciar la desobediencia a Dios por parte del pueblo. Me afligieron grandemente las injusticias sociales en Israel. Pude observar con ira y frustración la maldad de la gente. Aun algunos reyes se coronaron cometiendo asesinatos. Antes de que cayera Samaria, los asirios ya anteriormente habían realizado campañas punitivas contra Israel logrando reducir su territorio (2 R 15.29). No obstante, el rey Peca se atrevió a aliarse con el rey de Siria para combatir a los asirios. Ambos reyes complotaron contra Acaz, el rey de Judá, cuando éste se negó a aliarse con ellos contra Asiria. No lograron su intento de tomar Jerusalén porque Acaz solicitó, contra la advertencia del profeta Isaías, ayuda al rey asirio, quien aprovechó para cobrar un alto precio a Acaz por su ayuda. El último rey israelita, Oseas, persistió en conspirar contra los asirios. El rey confió neciamente en el apoyo de Egipto y procedió a rebelarse contra Asiria. Egipto no envió la esperada ayuda (2 R 17.4). Como resultado, Salmanasar, el rey asirio (2 R 17.3) conquistó Samaria y el final de esta derrota humillante fue la transportación de muchos israelitas al exilio como esclavos de los asirios. Israel no volvió a ser la misma nación, porque su territorio fue repoblado por gentes extrañas que trajeron consigo a sus propios dioses para adorarlos (2 R 17.24ss). Como resultado de esa repoblación los samaritanos no fueron considerados como iguales a los judíos o como miembros legítimos de las tribus de Jacob. Es más, los judíos llegaron a despreciar tanto a los samaritanos que siglos después su animadversión se expresó en los tiempos de Jesús, el Señor, como lo atestiguan los evangelios del Nuevo Testamento.

**Amós:** Déjenme explicar en qué consistía la labor de un profeta, porque sospecho que este tema sigue siendo una fuente de confusión para algunas personas. Nosotros nos presentamos al principio como profetas y aún hablamos de los tiempos de nuestros ministerios proféticos como si antes de nosotros Dios no hubiera escogido profetas. Que quede claro que nosotros no somos los primeros profetas. Es más, nosotros no somos necesariamente los profetas más destacados por el hecho de que estemos haciendo esta presentación. Ya dijimos que Miqueas, por ejemplo, fue otro profeta conocido de nuestro siglo. Quizá Dios escogió a otros profetas cuyos nombres y acciones no se registran en la Biblia. Es también probable que hayan existido individuos que pretendieron ser profetas de Dios sin que él los haya auténticamente llamado a tal labor. Cabe decir aquí, sin embargo, que por ejemplo los que la Biblia menciona con algunos libros “proprios” fueron llamados por Dios a ejercer el oficio profético de una manera peculiar. Lo que quiero decir es que el oficio de profeta es único.

**Isaías:** Muy bien, Amós, pero todavía hay que abundar sobre el tema que has iniciado. ¿Qué cosas hacen a un profeta? Ya dijiste que en el caso como el nuestro hubo un llamado peculiar. Yo quiero aclarar aquí que Dios escogió a individuos, la mayoría ciertamente varones aunque tengo que decir que también hubo una que otra persona del sexo femenino (Jue 4.4; Ex 15.20), que no estuvimos exentos de pecado o que tuvimos cierta inteligencia que nos destacaba de los demás individuos, o que ganamos ciertos méritos o disciplina o cualquier otra virtud o buena inclinación que nos capacitó para ser merecedores del llamamiento de Dios. La selección y llamamiento de nosotros los profetas está dentro del ámbito de la soberanía de Dios. De esta manera sólo él merece toda la gloria.

**Oseas:** Pero además del llamado peculiar recibido, Dios comunica al escogido una revelación o una serie de revelaciones especiales con el fin de que el profeta sea en realidad un vocero o

comunicador de la revelación divina u oráculos, como a veces se le llama, a la gente. Quiere decir que el profeta se coloca en una posición de mediador entre Dios y los seres humanos. Es entonces que el profeta se convierte en una especie de boca de Dios. Dios habla por medio del profeta así como hoy la iglesia es la boca de Dios cuando proclama la Palabra o la voluntad divina según afirma Lutero. El mensaje divino es revelado por el profeta quien previamente lo recibió de Dios. Claro que los profetas hablábamos muchas palabras, pero cuando Dios nos revelaba algo, eso era lo que nos tocó revelar específicamente más adelante a las personas a quienes Dios nos designó. Así, hubo profecías dirigidas a individuos en un tiempo determinado, a un grupo de individuos, o a todo un pueblo (Jonás a Nínive) o a toda una nación o a una serie de naciones en un tiempo determinado o aún a toda la humanidad de todos los tiempos.

**Amós:** Isaías acaba de hablar del contenido de las revelaciones divinas que denominamos profecías. Es tiempo que mencionemos algunos nombres específicos de individuos conocidos de los tiempos del Antiguo Testamento que se menciona fueron profetas. En primer lugar, Abraham, el padre de la fe, es llamado profeta en Gn 20.7. Él tuvo un llamado peculiar, no hubo méritos en él y Dios le reveló su voluntad para él y su descendencia futura. Moisés es llamado profeta por el mismo Dios (Dt 18.15). Él tuvo un llamado peculiar, no hubo tampoco méritos especiales en él y Dios le reveló su voluntad para él y para los descendientes de los patriarcas. Él reveló la voluntad de Dios para un tiempo específico así como para el futuro de la nación israelita. Quiero también mencionar aquí algunos profetas que no tienen libros escritos por ellos en la Biblia. Por ejemplo tenemos a Natán, de quien por cierto no sabemos cómo Dios le extendió el llamado a la labor de profeta, aunque nadie cuestionó la veracidad de sus credenciales. Sabemos que Natán varias veces dio a conocer la revelación de Dios. Él fue la boca de Dios, el vocero al rey David (2 S 7.1ss; 12.1ss). De Elías y su discípulo Eliseo, la Biblia no reporta cómo fueron llamados por Dios. Pero tampoco nadie cuestionó grandemente la veracidad de sus ministerios por el simple hecho de que algunas revelaciones o profecías que emitieron se hicieron realidad durante sus vidas (1 R 17.1ss).

**Isaías:** Quiero mencionar algunos profetas, de igual rango que el nuestro, pero que no se conocen muy bien debido a que la Biblia habla muy poco sobre sus ministerios. Ahías de Silo pronunció una profecía acompañada de un acto simbólico al rey Jeroboam I. Su profecía se refirió a la división del reino unido de David y Salomón (1 R 11.29ss). Jehú reveló una profecía sancionando la idolatría persistente de Israel auspiciada por su rey (1 R 16ss). El culto a Baal, un dios cananeo, fue pernicioso en la historia de Israel. Micaías también ejerció su profecía durante el reinado del rey Acab (1 R 22.20ss). Mientras Acab reinaba, hubo un profeta cuyo nombre no menciona la Biblia que usó su propio cuerpo para transmitir un mensaje de Dios (1 R 19.35ss). Todos ellos fueron grandes profetas a pesar de que no existen libros bíblicos que lleven sus nombres. Ellos, como nosotros, fueron llamados por Dios; fueron sus voceros ante los seres humanos.

**Amós:** Quiero ahora que hablemos concretamente del contenido de nuestras profecías y de algunos temas teológicos importantes en nuestros libros. De nuevo empezaré a tratar este tema, no porque mi libro sea el más importante de los tres nuestros, sino porque, otra vez, todo indica que yo fui el primero en ejercer el ministerio profético. Y ya que hablo sobre el contenido y orden tanto de mi libro como de aquellos de la mayoría de los profetas, debo apuntar inicialmente que no existe un orden cronológico de nuestros ministerios. Lo digo para que

ustedes se percaten que nosotros vivimos y escribimos hace muchos siglos. Nuestra mentalidad y manera de hacer las cosas eran distintas a las actuales en el hemisferio occidental. Consecuentemente los temas que mis colegas y yo vamos a tratar de aquí en adelante no obedecen a una prioridad establecida de antemano. **Oseas:** Me alegro que hayas hecho esa aclaración porque eso ha creado mucha confusión a muchos estudiantes de la Biblia, sobre todo a aquellos que carecen de una base contextual en donde han surgido nuestros escritos.

**Amós:** Un tema sin duda importante en mi libro es el de la justicia. Menciono esto de entrada porque no ha faltado quien ha exagerado mi proclamación de la justicia sobre todo haciendo mucho énfasis en la justicia social (2.7; 4.1; 5.11-12, 15; 8.4-7). En efecto, buena cantidad de teólogos de teorías sociales me han hecho su libro y profeta preferido sobre todo porque se han enamorado de mis palabras duras hacia los miembros de la clase privilegiada. No cabe duda que este tema fuera vigente para la rica pero avisadora Israel, y lo sigue siendo ahora debido a la naturaleza pecadora del hombre. Ella está muy inclinada a obtener comodidades en base a los abusos de unos pocos sobre los muchos. No niego que hubo injusticia social en mis tiempos, ni tampoco niego que haya injusticias en la sociedad presente. Sin embargo, el tema de la justicia social sólo fue uno de mis temas tratados en el marco general del quebrantamiento de Israel del pacto con Dios. Considero que hoy también hay que buscar la consecución de la justicia social, pero no creo que se deba hacer único este tema. Ya he mencionado que mi mensaje, debido a las injusticias sociales imperantes en Israel, provocó que Dios me dijera que acompañara mis palabras con una especie de advertencia que se centró en las palabras “en aquel día.” Esta frase es otro tema importante en mi libro. Está cargada de un significado especial. Con ella Dios dice que habrá un momento futuro en la historia de Israel (y de la humanidad representada por Israel) que Dios ha de intervenir directamente para modificar radicalmente la situación de desobediencia e incumplimiento del pacto del pueblo con Dios; en pocas palabras, del pecado de los seres humanos. Advertí abiertamente lo que le esperaba a la gente y aun solicité que se preparara (4.12). La frase “en el día del Señor” desde luego que atemorizó a mis oyentes, no porque no conocieran la frase sino por el significado tan distinto que yo introduje desde luego por revelación y mandato de Dios (5.18-20; 2.16). Tan drástico era el significado que le di a la frase que llegó el momento que me consideraron una persona muy desagradable para Israel justamente cuando todo parecía rebosar de bienestar social. Nadie creyó mis referencias a un futuro cautiverio (6.7-11; 3.11; 5.5; 9.14). Sufrí desprecios y vejaciones de la mayoría de los pobladores de Betel a causa de mi mensaje demoleedor de muchas consciencias, especialmente entre aquéllos que se encontraban en la dirigencia política y religiosa del reino del Norte. Un día el sacerdote principal de Betel prácticamente me dijo que yo era considerado por muchos como una persona non-grata. Me demandó que me alejara de Betel y que me fuera a profetizar a mi lugar de origen. Claramente supo el sacerdote que yo no era de las tribus de Israel sino que provenía de las tierras de las tribus de Judá en el reino del Sur. Naturalmente que yo me defendí asegurándole que yo hubiera preferido quedarme tranquilo en mi casa antes de ser despreciado por alguien. Pero Dios me había requerido transmitir su mensaje precisamente a Israel. Él me había dicho que fuera a Betel a difundir su mensaje. El mensaje era de Dios, no mío (7.14ss). Sospecho que más de uno me ha de haber llamado el “profeta de la ruina” o “un ave de mal agüero.” Otro tema de estudio que debo tocar es el del lenguaje utilizado en mi libro; es un lenguaje poético. Daré aquí un ejemplo: hay hermosas expresiones que reflejan figuras relacionadas con el campo (3.4-5, 8, 12; 5.24; 6.4; 4.1, 9). Recuérdese mi origen boyero o pastor y cosechador de higos silvestres. Voy a terminar haciendo mención al mensaje lleno de esperanza y de fidelidad de parte de Dios. Este

mensaje refleja que Dios a pesar de la desobediencia de Israel desea cumplir con su parte del pacto hecho originalmente a los patriarcas y reafirmado por él a lo largo de la historia de todas las tribus de Israel (9.11). Él tiene un “remanente de José” (5.15); no destruirá “del todo la casa de Jacob” (9.8). Es decir, una pequeña porción de su pueblo ha de perdurar (3.12; 9.15), aquella porción que el mismo Dios habría de levantar para que le busque y viva (5.4). Dios es un Dios de vida y no de muerte. Eso es esperanza.

**Isaías:** Ahora yo hablaré desde mi experiencia en el reino del Sur, concretamente de mi ministerio en Jerusalén. Debo advertir que los temas recientemente tratados por Amós son temas prácticamente “clásicos” en la mayoría de los profetas. Yo también hago muy pronto mención de las injusticias sociales (1.17, 23; 3.12, 15; 5.8), aunque claro, no tan prominentemente como Amós. Él nos apuntó que es el profeta preferido por los teólogos que hacen énfasis en la denuncia del quebrantamiento de la justicia y la equidad social en el ser humano. Yo convengo que se debe continuar en la búsqueda y consecución de toda justicia en todas las épocas y modos de sociedad del ser humano. Al igual que Amós, también hago del tema de la desobediencia, por parte del pueblo al pacto de Dios, uno de los marcos principales en mi labor profética (1.14). Creo que esto es central en todo tema teológico en el Antiguo Testamento y nosotros los profetas no somos la excepción. Sin embargo, creo que yo llevo el tema del “remanente de José” o “renuevo de Jehová” o “tronco de Isaf” (11.1) a otro plano (4.2-4) incluyendo el simbolismo del nombre de mi primer hijo (7.3). Me refiero a la profecía sobre el Mesías, el escogido de Dios para ejecutar el plan definitivo y contundente de rescate divino para toda la humanidad. Debido a esta especie de “innovación” mesiánica en el mensaje profético, el Nuevo Testamento me ha hecho el profeta más preferido entre la cristiandad. Sin duda soy el profeta que recibe más nutridas referencias directas en los escritos del Nuevo Testamento. Otra característica que me pone de relieve, no sólo entre los profetas, sino entre los escritos del Antiguo Testamento es que mi libro es el más extenso después del libro de los Salmos. Por eso a veces me llaman un “profeta mayor.” Ya dije que mi ministerio profético fue extenso en cuanto a tiempo. A lo largo de mi ministerio reiteré que el pueblo debería confiar absolutamente en el santo Dios. El pueblo de Israel y Judá estaban muy inclinados a olvidarse de Yahvé, el Dios de los patriarcas. Lo que hacían fácilmente era caer en idolatría, en la adoración de los dioses de los pueblos cananeos (2.8, 12). Muchos años antes de que yo viviera, los falsos dioses ajenos a Israel eran adorados. Algunos tenían santuarios muchas veces en los mismos lugares en que algunos de los patriarcas israelitas adoraban a Yahvé, el único Dios verdadero. Lugares como Betel, Silo y Dan rivalizaban con el templo de Jerusalén. Lamentablemente en esos lugares no se adoró únicamente a Yahvé sino a los baales. Ante esto también anuncié el “día de Jehová” (13.6, 9) o “aquel día” (17.7, 9; 19.16; 27.1-2) o “ayes” (17.12; 18.1) siempre apuntando al futuro. La gente hizo de ciertos montes, colinas u orillas de ellas (“collados” 2.14), piedras o árboles los lugares a donde se peregrinaba periódicamente para adorar a los dioses falsos. Todos los profetas repudiaron y denunciaron apasionadamente ante Israel o Judá esta situación. Otra fácil desviación en la confianza en Dios era la situación política internacional de los distintos períodos de la historia. Ya se ha mencionado cómo algunos reyes de Israel o Judá confiaron en el amparo y la ayuda que reyes extranjeros les podrían ofrecer en momentos apremiantes. Yo también sancioné duramente esta tendencia en Acab (2 Cr 28.16). Fue en este contexto que las profecías sobre el Mesías fueron más claras (7.7-9.7; 11.1, 6); y años después en el reinado de Ezequías (39.1ss). En las profecías sobre el Mesías predije que Dios levantaría un rey en el futuro que le obedecería y seguiría en santidad. De hecho, la frase “el Santo de Israel” es una de mis frases preferidas para

referirme al tema de la santidad de Dios (5.16, 19, 24; 10.20; 30.15). Desde luego, no faltaron quienes pensaron en la Trinidad cuando en la visión de mi llamado a ser profeta los ángeles repiten tres veces “Santo” (6.3). El “Santo de Israel” como expresión también encierra la majestad de Yahvé como el rey del universo y como uno que habita con su gloria y santidad en medio de su pueblo (12.6). Otro tema prominente en mí es el relacionado con el monte Sión (Caps. 33-35). Este monte se refiere específicamente a la ubicación geográfica en la ciudad de Jerusalén en la cual se construyó el templo en tiempos de Salomón. Recuérdese que ahí se encontraba el lugar santísimo que llegó a simbolizar la presencia divina. El monte Sión simplemente llegó a ser sinónimo de la habitación de Dios y de todo lo que ello implicaba, es decir, la fidelidad de Dios hacia su pueblo (30.19), particularmente a su promesa revelada al rey David por Natán sobre la permanencia de la dinastía davídica en Judá (2 S 7). Esta es la razón por la cual a Jerusalén también se le da el nombre de ciudad de David. Toda profecía que alude a Jerusalén o Sión está conectada además con todo el pueblo de Dios (1.21). Se pensaba que Sión llegaría a ser la habitación permanente y futura de Dios en la tierra. Pero el mensaje de esperanza mesiánica no era exclusivo de Judá sino que abarcó al universo (19.24-25; 29.19). También sirvió, con mayor razón, para traer consuelo a Israel cuando cayó Samaria en 722 aC

Pero se habrán dado cuenta que he hablado hasta ahora sólo de los primeros 39 capítulos de mi libro. A partir del capítulo 40 los estudiosos de mi libro han logrado detectar que se inicia un cambio radical. Debido a este cambio de tema y de período histórico se ha llegado a pensar que yo no fui el verdadero escritor del resto de los 66 capítulos que forman mi libro. Algunos estudiosos se han explicado el cambio radical surgido a partir del capítulo 40 diciendo que otro escritor que no fui yo retomó, posterior a mi muerte, la pluma para seguir escribiendo usando mi nombre. Por eso es muy común en algunos círculos que se hable de un segundo Isaías. Varias exageraciones de los estudiosos han llegado al extremo de crear a un tercer Isaías a partir del capítulo 56. Se especula que un tercer Isaías terminó de escribir mi libro. Como se pueden dar cuenta, mi libro es también uno de los más estudiados del Antiguo Testamento. Sin embargo, tengo que decir que aquél que parte queriendo ver de más en mis páginas terminará viendo más precisamente por haberse impuesto esa premisa. Yo simplemente contesto basándome en los otros libros bíblicos y especialmente en Juan 12.38-41 donde el evangelista Juan asume que el autor de los versos citados de mi libro soy yo. A partir del capítulo 40 me refiero a cosas que habrían de pasar en el futuro, después del siglo VIII aC Recuerden que yo conocí los sucesos que provocaron la caída de Samaria. ¿Qué habría de pasarle a Judá si su gente seguía los mismos pasos de Israel? ¿Le perdonaría Dios todos sus pecados únicamente para mantener su promesa, de la cual por cierto habían abusado los judíos? Fue entonces que Dios me permitió ver visiones del futuro. Preví en visión que pasados los años otra nación se levantaría y derrotaría a los invasores asirios, lo cual efectivamente ocurrió en el año 612 aC Esa nación fue Babilonia. Los babilonios, comandados por su rey Nabucodonosor, serían quienes terminarían conquistando a Jerusalén en el año 587. A los judíos (el reino del Sur) les tocaría sufrir la misma experiencia humillante de los israelitas (reino del Norte). Ellos serían llevados al exilio, a la cautividad (2 R 23.36-25.21). Pero Dios me siguió dando visiones del futuro. Entonces preví que en medio de las vicisitudes del exilio, Dios levantaría a un rey persa de nombre Ciro (44.28; 45.1) quien terminaría a su vez arrebatando de los babilonios sus conquistas, lo cual, por cierto, ocurrió en el año 539 aC Ciro fue en un sentido un mesías porque Dios lo usó para rescatar a su pueblo de la cautividad babilónica. Él fue quien permitió que los judíos volvieran a su territorio, a Sión, a Jerusalén (2 Cr 36.22-23; véase mapa en la Biblia, pág. 595). La parte final del libro tiene un

tono más esperanzador y mesiánico con la figura del “Siervo Sufriente,” como se le conoce más extensamente (52.13-53.12). Para concluir, a partir del capítulo 40 se hace más prominente el tema de la restauración y la esperanza mesiánica que habría de redimir y renovar a Sión (el pueblo judío, el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento) (40.9-11).

**Oseas:** Bueno, en un sentido lo que dijo Isaías se aplica a mí y a los demás profetas. Y es que Isaías con sus visiones cubrió un buen período de la historia de Israel y Judá. Yo fui un contemporáneo de Isaías, pero no lo conocí personalmente debido a que yo estuve en Betel. Pero mi ministerio profético fue más personal en el sentido que, a través de mi familia, Dios comunicó su voluntad al pueblo. Dios ejemplificó con mi matrimonio su repudio a la idolatría de su pueblo. Dios me ordenó a que me casara con Gomer. Ella era una ramera que posiblemente se prostituía, como otras mujeres de nuestro tiempo, en los lugares supuestamente sagrados de los dioses cananeos. Como recordarán, el pueblo cananeo, al igual que otros pueblos del Medio Oriente, tenían divinidades a las cuales atribuían poderes sobrenaturales. Una clase de las divinidades más populares era la que se relacionaba con la fertilidad de la tierra. No pasó mucho tiempo desde que el pueblo de Dios se estableciera en Palestina hasta que esta clase de dioses ganó popularidad entre los israelitas. A pesar de las claras señales de la protección de Dios a su pueblo, a pesar de las claras advertencias de no adorar a otros dioses, mucha gente israelita cayó en las redes de la idolatría y en la prostitución supuestamente sagrada. Mi esposa Gomer probablemente vino de una familia israelita que adoró a los dioses falsos; ella misma se prostituyó a los dioses falsos. El pueblo entonces vivió muy dado a la idolatría. Desde luego, esta situación penosa encendió la ira de Dios. Fue lo que al fin de cuentas provocó que su pueblo recibiera una severa lección al ser llevado como esclavo por los asirios a su país. Con Gomer tuve tres hijos; cada uno recibió de Dios su nombre porque Dios usó los nombres de mis hijos para dar significado a gran parte de mi labor como profeta. Así, mi primer hijo recibió el nombre de Jezreel que significa *Dios siembra*. Después tuvimos una hija a la cual Dios me pidió que llamara *La no complacida*. A nuestro tercer hijo Dios me dijo que lo nombrara *No mi pueblo*. ¿Se imaginan dirigiendo mis palabras a mis hijos? ¿Se imaginan por ejemplo cuando llamaba a *No mi pueblo*? En cuanto a mi esposa, Dios también utilizó el pasado de su vida negativa para relacionar su situación con el pueblo que él amaba desde antaño. Sí, el pueblo como una mujer incontrolable se había ido tras sus pasiones desmedidas habiendo así ofendido a su esposo (2.2-13). Este cuadro me pasó en mi propia vida. ¡Vaya que si Dios estaba furioso! Sin embargo, Dios también estaba dispuesto a volver a darle una oportunidad a su esposa (el pueblo) para hacer renacer su relación original. Es aquí donde uso figuras de lenguaje que hacen volver a pensar en la salida de Israel de Egipto cuando Dios los protegió sosteniéndoles con su poder y por la promesa que había dado a nuestros padres los patriarcas (2.14-23; 11.1ss). Dios quiso decir que él estaba dispuesto a perdonar. Este es un mensaje de mucho consuelo para la gente que llega a entender el mensaje de Dios a través de su Espíritu. Quiero referirme a una cosa que pasaba en nuestros días en cuanto a la adoración a Dios. En efecto, cuando se habla de la idolatría que había en Israel, no quiere decir que nadie adoraba a Yahvé. Las ceremonias y rituales de adoración a Yahvé tomaban lugar en Betel también. Había sacerdotes (5.1) que servían y cumplían con sus labores de intermediarios entre Dios y su pueblo; había holocaustos tal y como se ofrecieron en tiempos de David. Pero la verdad sea dicha, muchas de estas ceremonias no cumplían sus objetivos ante Dios (6.6). Es decir, Dios no las apreciaba; al contrario las aborrecía porque se ejecutaban sin que el pueblo cambiara su manera de vivir (5.4). Me airé como otros profetas ante tal situación, y prediqué constantemente sobre este tema. Como Isaías, también

advertí del peligro que se cernía sobre Israel con el resurgimiento del poder militar asirio. Yo también advertí al rey que no confiara en las alianzas con otras naciones (7.11). A pesar de que pronostiqué la derrota del pueblo ante los asirios, la gente no modificó su conducta. Mi mensaje cayó en oídos sordos. Dios castigó ejemplarmente a Israel usando a los asirios para llevarlos al exilio en el 722 a. C. No obstante, antes de la derrota también Dios me dio la oportunidad de revelar su amor al comunicar el deseo ardiente, tierno y compasivo así como manifestar el dolor por su castigo a fin de perdonar todas las maldades de su pueblo. Él siguió comprometido con su pueblo y con su promesa (14.1ss) reafirmada en el monte Sinaí. Por cierto, dentro de las cosas que me pidió que revelara, hay una profecía que hace pensar en los días de la muerte y la resurrección del Señor Jesús (6.2). Mi profecía se puede decir que está resumida en el siguiente mensaje: “¿Qué haré contigo, Efraín (Israel)? ¿Qué haré contigo Judá?” (6.4)... “Para ti también, Judá, está preparada una siega, cuando yo haga volver el cautiverio de mi pueblo” (6.11)... “Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira ni volveré a destruir a Efraín, porque Dios soy, no hombre; soy el Santo...” (11.8-9).